

CAPITULO XIV

Desalientos y remembranzas.—No hay que desmayar.—El teniente coronel Giralt.—El fuerte de Jiguaní.—Glorioso combate de Chapala.—El batallón de los azules.—El capitán Caro.—Batida y dispersión en Santa Cruz del Sur de la partida capitaneada por el cabecilla Montejo.—Encuentro con la partida de José Maceo.—Gloriosa acción de San Ramón de las Yaguas.—72 insurrectos muertos.—Esperanzas de poder continuar la historia de España.



AY momentos en nuestra vida nacional en que sin alardes de pesimismo cabe pensar que nuestra tradición gloriosa se ha interrumpido, y hasta un instante llega en que dudamos—como dice un ilustre político—si será posible *continuar la historia de España*.

Entonces preguntamos con el poeta, que fué del indómito carácter español, de aquellas sublimes ambiciones, de aquellas inmortales aventuras y entusiasmos locos á cuyo calor cubrieron nuestros capitanes el mundo corriéndolo en desenfrenada y constante lucha; qué se hicieron los famosos guerrilleros de la Independencia vencedores en Bailén, en el Bruch y San Marcial; los inmortales conquistadores de Méjico y del Perú, destructores del imperio de Moctezuma en Tabasco, Otumba y Cholucá y del de los Incas en Caxamalca; los que en Covadonga supieron triunfar, y humillaron en las Navas la arrogan-

cia de los musulimes y sectarios de Mahoma, trocando por el signo de la redención la media luna clavada en los minaretes de Córdoba y en la Alhambra de Granada; dó están, en fin, los descubridores de las dos Antillas que llevaron la luz de la civilización cristiana y europea á los oscuros cerebros de sus ignaros habitantes y pasearon triunfantes el pendón de las dos Castillas por todo el suelo antillano, del que en nombre de España se posesionaron para llevar á él, mástarde, el progreso social y el político conquistado á trueque de ríos de sangre por los mártires de las libertades españolas.



Parécenos ya que el soberbio y aparatoso cortejo de nuestros andantes caballeros se ha trocado para siempre en babalgata de armería compuesta de muñecos de cartón y de armaduras hueras.

Respiramos la tristeza difundida en el ambiente, y nos doblamos al peso de nuestros infortunios, y creemos morirnos de anemia.

Apodérase de nuestros espíritus tremendos desalientos, y no parece sino que caminamos á nuestro fin, en la solemne monotonía y lúgubre silencio de los entierros, tristes y apesadumbrados, sin que intentemos alzar la voz, ni reir, ni llorar, temerosos de turbar el fúnebre acto, de descomponer el triste cuadro.

Nuestros alientos generosos desmayan, nuestro indómito espíritu languidece, nuestras locuras y bríos y morunas fantasías se apagan en esa gubernamental *prudencia*, en esa incolora *corrección* parlamentaria, en esa indefinida *acción* diplomática, tan á la moda, que nos impide expresarnos con libertad y hablar como españoles.

Hoy vestimos y pensamos á la francesa, paaa vestir y pensar ma-

fiana á la inglesa; hoy obramos á impulsos de nuestro orgullo de raza, y mañana nos humillamos al reflexionar en nuestra impotencia y aislamiento. Vamos, en fin, atados al carro fin de siglo, á semejanza de los prisioneros que desfilaban por las calles de Roma en medio de la indiferente curiosidad del pueblo.



No hay que desmayar, sin embargo; pues, así como cuantos más infortunios pasamos, más queremos vivir, del mismo modo á poco que se pongan á prueba nuestras dormidas energías, el cuadro de la España de principios de siglo presentase ante los ojos, y la raza española reaparece en todo su vigor.

Dejamos pronto la montera de Sancho para enristrar la lanza de Don Quijote.

Díganlo sinó las conquistas llevadas á cabo en la guerra de Mindanao por un puñado de españoles, y la lucha verdaderamente española que se libra á diario en las frondosidades de la manigua antillana, en la que nuestros valientes soldados pelean siempre en proporción de uno contra diez, para siempre salir victoriosos.

Uno de esos combates en que el ardimiento heróico y el aliento de los corazones valen más que las modernas invenciones guerreras y los cálculos de químicos y constructores, ocurrió el día 20 de Abril en las cercanías de Bayamo (Santiago de Cuba).

.....

El teniente coronel Giralt es el prototipo del oficial español, verdadero amigo del soldado que llega con él hasta la misma muralla y muere con él.

Sereno por excelencia, se crece y muéstrase indiferente é impávido

ante el peligro; cuando más nutridas son las descargas del enemigo, cuando más comprometida es la situación de la columna cuyo mando se le ha confiado, mejor cruza desde la vanguardia á la retaguardia, no una sino cien veces, para animar al soldado y apreciar mejor su arrojo, la práctica guerrera de su batallón, y las acertadas disposiciones del oficial.

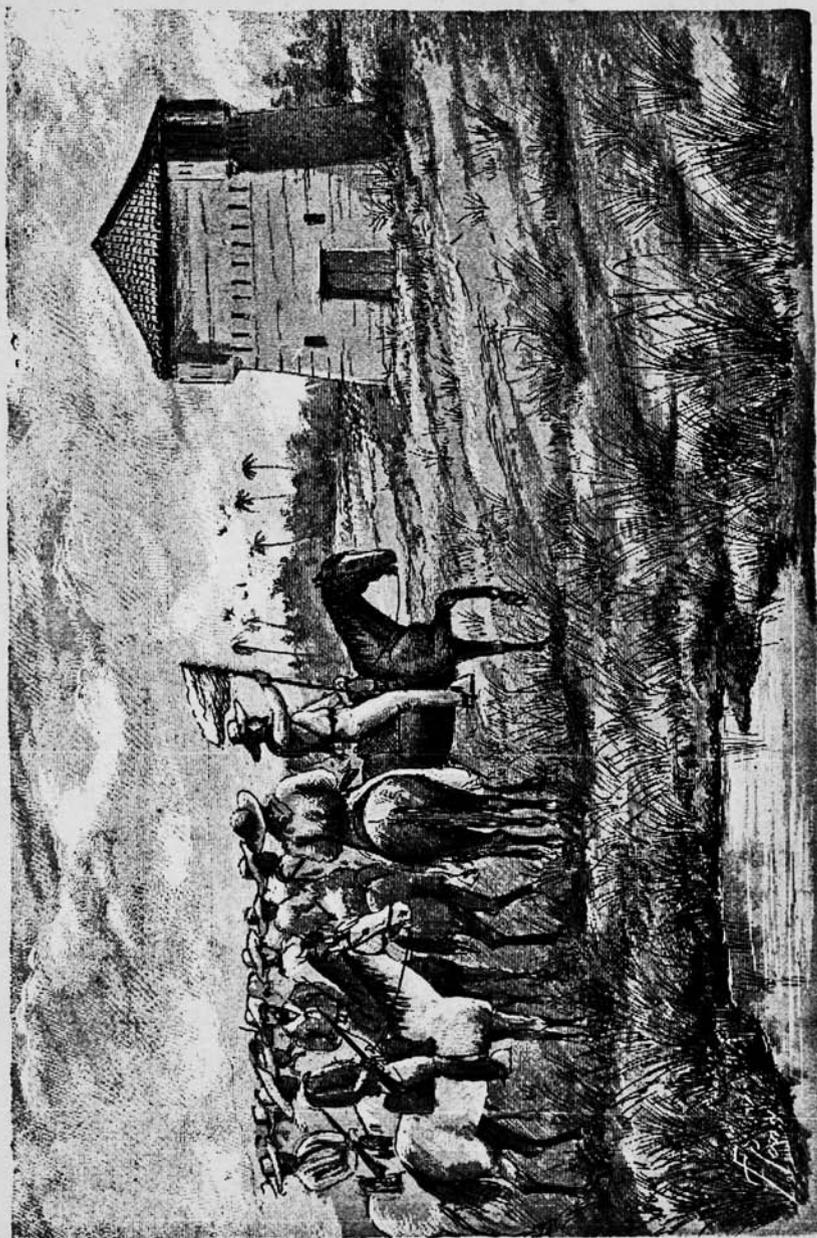
No sólo con su presencia, sino con palabras carifiosas, que le dictan un amor patrio y su afecto al amigo, infunde aliento al débil, siendo el



DESPEDIDA DE LAS TROPAS EN LA ESTACION FERREA DE MADRID

asombro de los que en él se fijan, pues si no se oculta ni un instante para dar ejemplo á los suyos, busca en cambio un abrigo protector para el individuo, y le obliga á guarecerse tras él para librarle de las balas enemigas, economizando lágrimas á las madres y vidas á la patria, sin abandonar por eso el objetivo de la victoria.

De ahí que la masa anónima de valientes que en los campos de Cuba pelean bajo sus órdenes, se arrojen al combate como locos, ríen y charlen, sin acordarse del peligro que corren.



tremolando bandera de parlamento frente al fuerte de Jiguaní... (pág. 226)

* *

Una partida de insurrectos, formada por unos ciento cincuenta hombres montados, presentóse el día 18 de Abril tremolando bandera de parlamento frente al fuerte de Jiguaní, en la jurisdicción de Bayamo, que estaba defendido por cincuenta soldados al mando del primer teniente que fué del regimiento de Otumba don José Alcalá.

La guarnición, á la vista de los insurrectos y en contestación á las señales que éstos le hacían flameando á los aires el símbolo de paz, prorrumpieron en entusiastas vivas á España y á Cuba española.

El teniente Alcalá, como hombre precavido y práctico, sin fiarse de la actitud de los mambises, dió aviso telefónico de lo que ocurría á su jefe el señor Giralt, que se hallaba en Bayamo.

El bizarro teniente coronel ordenó que salieran inmediatamente en auxilio de la guarnición del fuerte de Jiguaní, setenta y tres caballos de la guerrilla del regimiento de la Habana y el escuadrón de caballería de Hernán Cortés, quedándose en prevención de eventualidades con tres compañías del batallón, y previniendo al capitán de la guerrilla que, de empeñar combate para entrar en el pueblo, interrumpiera la línea telegráfica, señal que le haría acudir inmediatamente con el resto de la fuerza que se reservaba, pues susurrábase que las diferentes partidas rebeldes que operaban en la jurisdicción estaban reconcentrándose con objeto de dar un golpe.

* *

Partió la fuerza en auxilio de sus compañeros de Jiguaní, y quedó

su jefe con deseos de seguirles para empeñar combate formal con los enemigos de España.

La casualidad vino pronto á satisfacer sus deseos; la línea telegráfica quedó interrumpida al otro día, y creyendo que la interrupción era la señal de que sus hermanos habían entablado combate con los rebeldes, formó al momento su columna compuesta de *doscientos cincuenta* hombres y salió hacia el punto amenazado, mandando al capitán de la guerrilla acudiese al sitio denominado Cienfuegos donde pensaba pernoctar.

Dejó en Bayamo una compañía con los voluntarios para la defensa de la población, y por el camino de Jiguaní y el potrero de Céspedes dirigióse á Cienfuegos.

Allí supo que no corría peligro alguno el destacamento de Jiguaní por haberse retirado los rebeldes, como también que las fuerzas de éstos se habían reunido y formaban un total de *ochocientos* infantes y *cuatrocientos* caballos.

Entonces crecieron los deseos del bravo militar de empeñar combate serio con el enemigo, y con el talento previsor de un buen jefe manifestó á los habitantes del poblado de Santa Rita, compuesto de familias de rebeldes, que marchaba con la columna á Jiguaní.

Previsto tenía el experto Giralt, que los mambises no tardarían en saber su movimiento, y le prepararían alguna emboscada; pero favorecido por el silencio y obscuridad de la noche, contramarchó hácia Bayamo.

* * *

Los cálculos del previsor jefe de la columna española se cumplieron al amanecer del día 20, en el sitio denominado *La Chapala*.

Alcanzada la retaguardia de nuestra columna por la caballería enemiga, en número de *cuatrocientos* ginetes, cargó con decidido empeño haciendo nutridos disparos en su vertiginosa carrera; pero su acometida fué valientemente rechazada por la primera compañía, que dándole frente, esperó impávida y serena el ataque.

No cejó el enemigo en su propósito y cargó dos veces más, aunque con igual negativo resultado en su acometida, pues, aquellos animosos y valientes soldados constituyeron la cara más resistente del cuadro, logrando detener con sus certeros fuegos, el desenfrenado galope de los caballos.

Entonces, observóse que cada ginete llevaba á la grupa un combatiente de infantería, los cuales apeándose y divididos en secciones iguales, amenazaron los flancos de la columna.

El entusiasmo y el arrojo, la imperturbable serenidad y aplomo de nuestros soldados

creció con el peligro, y aquel puñado de catalanes y valencianos, amenazados por un número cuatro veces mayor, obedeciendo la orden de su querido jefe, fueron retirándose ordenadamente por espacio de dos horas conteniendo y rechazando al enemigo, hasta que ya á la vista de Bayamo, huyó este, sin haber conseguido ni por un solo momento deshacer la correcta formación de la columna.

A la inquebrantable decisión é imperturbable serenidad de nues-



COMANDANTE TEJERIZO

tros valientes soldados, y á la pericia de su ilustrado jefe, debióse en primer lugar la victoria y un brillante hecho de armas, que valió al enemigo ocho muertos y cincuenta heridos, entre los cuales figuraba el cabecilla Zambrana.

*
* *

El nombre ilustre del teniente coronel Giralt y el batallón de los *azules*, como los mambises llaman al de la Habana, á sus órdenes, supieron imponerse en aquélla ocasión, como en otras varias, á los enemigos de España, y desde entonces redoblaron éstos las precauciones y calmaron sus impetus de guerrear y medir sus fuerzas y valor con el arrojo y serenidad de nuestros bravos soldados.

Estos, por su parte, adoran en el jefe y con él marchan contentos y satisfechos al combate, pues saben que despues de atenderles con solicitud y cariño, les lleva al triunfo, y esta seguridad aumenta su confianza en su valor y energía.

En esta memorable jornada, cuyo principal detalle fué la admirable retirada y la imperturbable serenidad é inquebrantable decisión de nuestros soldados, á lo cual debió indudablemente la columna salvar un peligro cierto, fué herido gravemente de dos balazos en el hombro y brazo izquierdos, el valiente capitán asturiano don Alberto Caro.

Este bizarro oficial al sentirse herido y derramar generoso su sangre española por la madre patria, no quiso abandonar su puesto, ni descuidó un momento la dirección del combate, negándose á montar á caballo, á pesar de las vivas instancias que le dirigieron su jefe y sus compañeros, y entrando en Bayamo á pié y con el brazo colgando.

Inmensa satisfacción sentimos al consignar su nombre en estas páginas al lado del de su ilustre jefe señor Giralt y sus dignísimos

compañeros los primeros tenientes don José Alcalá, don Pedro V. Goncert, don Antonio García Naya y el segundo don José Molins, que figuraron como distinguidos en el parte dado al general en jefe, para perpetuar su glorioso recuerdo en la mente de todos los españoles.

* * *

Según telegrama oficial del general en jefe de operaciones en Cuba al Ministro de la Guerra, fechado en la Habana el día 22, el destacamento de Santa Cruz del Sur batió y dispersó á la partida del cabecilla Mauricio Montejo, que vagaba por aquellos contornos, haciéndole tres muertos.

El general Salcedo se tirocó en Zarahueca con las fuerzas de Maceo, que rehuyó combate.

Aunque sin detalles, daba cuenta también el general Martínez Campos en su despacho del encuentro de la columna Copello en Arroyo Hondo con la partida de José Maceo, á la que causaron nuestros soldados nueve muertos y gran número de heridos.

De otra nueva é importante victoria que señalaba un nuevo y glorioso triunfo para nuestras armas, se tuvo noticia el día 29 en la Península.

La columna mandada por el coronel Tejerizo encontró en Ramón de las Yaguas á una numerosa partida de separatistas.

Estos tenían, sin duda, noticia de la llegada de nuestras tropas y estaban preparados para rechazar el ataque, convenientemente parapetados en las sinuosidades de la manigua.

Cuando los soldados estuvieron á tiro de fusil, los rebeldes rompieron nutrido fuego, que no amedrentó á las fuerzas leales.

A los gritos de ¡viva España! con que contestaban al infernal vo-

cerío de los *mambises* que atronaban los aires con su grito de guerra ¡viva Cuba libre!, lanzáronse á la bayoneta con ese singular denuedo y peculiar arrojo del soldado español.

El choque fué terrible, pues al arrojo y denuedo de nuestros soldados oponían los mambises su tenacidad y coraje. Mas, sucedió lo de siempre, porque sabido es que nada resiste al empuje de nuestra valiente infantería.

Después de rufo combate, en que los soldados fueron desalojando á los enemigos de los puntos en que se habían parapetado, los separatistas huyeron en distintas direcciones, dejando el campo sembrado de cadáveres y llevándose gran número de heridos.

Las bajas del enemigo fueron *setenta y dos* muertos; los heridos se ignoran, pero á juzgar por el número de muertos y lo reñido del combate debieron ser muchísimos.

Las pérdidas de la columna fueron por fortuna muy pocas, aunque sensibles.



España, al tener noticia del nuevo y glorioso triunfo alcanzado por sus valientes hijos sobre sus eternos enemigos, entregóse á la esperanza de una pronta sumisión de los rebeldes y subsiguiente pacificación de la Gran Antilla.

Ante hechos tan gloriosos y memorables como los que dejamos narrados á la ligera y someramente, por falta de detalles y de color en nuestra paleta, no podemos menos que sentirnos orgullosos de ser españoles y haber nacido en el suelo de nuestra península ibérica, sintiendo á la par revivir en nosotros todo nuestro glorioso pasado, con

la remembranza de las hazañas y los hechos épicos llevados á cabo por nuestros gloriosos antepasados.

Confiemos, sí, en nuestras fuerzas, y salgamos del entumecimiento en que vivimos.

La historia de España es una historia de desastres y de victorias, de orgías y de catástrofes, de locuras y de epopeyas...

Quizás el orden y la economía valgan poco entre nosotros; pero



el desventurado sufrió una horrible muerte á machetazos... (pág. 243)

podemos esperar mucho de nuestras colosales energías, desequilibrios y entusiasmos.

Que somos pobres en dinero, es cierto, y diciéndolo estamos desde que España es España; pero en cambio poseemos inagotables tesoros de ideal, de alegría, de valor y de fé; sobre todo de fé, que es la que mantiene vivo el entusiasmo patrio y el espíritu nacional y con la que podremos «continuar la historia de España.»